

## RUT Y EL ALMA COLMADA DE DIOS

Si el libro de Samuel tiene la austera belleza de un drama donde nuestra efímera fragilidad cobra su medida frente a las fuerzas que rigen los siglos, otro relato nos resulta aún más conmovedor: es la historia de Rut, la joven moabita en quien Dios cumplió las virtudes simples y admirables que se veneran en María, madre de Jesús, descendiente de aquélla. Las cuatro breves páginas en que esta historia se nos narra son tal vez las más perfectas que nos da la Biblia. Es una perla del más puro oriente en el torrente de sangre del tiempo de los jueces. Muchos pintores han pretendido traducir su encanto, y Víctor Hugo, al evocar esta pastoral, abre sus estrofas al soplo de la noche, a los aromas vagabundos y a todo este encanto palestino cuyas menores imágenes se cargan tan espontáneamente de espiritualidad.

“En el tiempo en que los jueces gobernaban el país”, el hambre sobrevino. Un hombre de Belén, en Judea, se marchó con su mujer a residir en el país de Moab. Él se llamaba Elimelek y ella Noemí. Sus dos hijos se casaron con moabitas. Pasaron los años. Muerto Elimelek, sus hijos le siguieron a la tumba. Noemí decidió entonces regresar a Judea donde se decía había pan. Sus dos nueras, que le tenían un gran afecto, se rehusaron a abandonarla. Partieron, pues, con ella, a pesar de su resistencia. “Volved –les decía abrazándolas- cada una a la casa de vuestra madre”. Una de ellas, Orpá, se rindió a sus razones, inquieta sin duda por la existencia azarosa en un país desconocido; pero, la otra, Rut, persistió en su resolución. “Yo iré a donde tú vayas; donde tú permanezcas yo permaneceré. Tu pueblo será mi pueblo, tu Dios será mi Dios”. Unidas por tal ternura, ambas mujeres, tomaron el camino de Belén y llegaron a Judea, donde la siega de la cebada acababa de comenzar.

En el campo donde las cuadrillas –hoz en mano- trabajaban, la ley mandaba que no se recogieran todas las espigas: era preciso dejar para los pobres esa parte de Dios que las espigadoras juntaban minuciosamente. Así que Rut, con el calor del día se curvó sobre la gleba para alimentar a la que había adoptado como madre. El campo a donde fue era de un hombre muy rico, Booz. Éste la observó, se informó sobre ella. La historia de esta joven mujer lo conmovió, le habló, ordenó que se le diese alimento, y durante todo el tiempo de la siega, la moabita espigó entre las gavillas del misericordioso.

Cuando Noemí supo el nombre de este virtuoso dueño, una idea nació en su espíritu. ¿No era Booz su pariente por parte de su marido? ¿No se le podría pedir conforme a la costumbre del *levirato* restablecer el trono de la familia que la muerte había quebrado? Que se case con Rut y henos ahí salvadas. Hizo que Rut se lavase y se perfumase y fuese a la era donde, en la brisa de la noche, Booz vigilaba a sus aventadores. Terminado el trabajo, Booz se hallaba acostado sobre un montón de gavillas. Sigilosamente, Rut se acercó y se extendió a sus pies.

Booz se despertó hacia la mitad de la noche; se reclinó: una mujer estaba acostada cerca de él –“¿Quién eres tú?”, –“Soy Rut tu sierva. Extiende sobre mí el borde de tu manto, porque tienes derecho al rescate”. –“Bendita seas, hija mía, porque no has pretendido a ningún joven, pobre o rico. Todo lo que tú digas lo haré por ti, porque conozco tu virtud”. “Y al día siguiente, tomando como testigos a los ancianos y al pueblo, Rut se desposó con Booz, encontrando así la compensación a su abnegación y a su amor. Rut es ciertamente, según el sentido de su nombre, “la que es colmada”, colmada por el amor.

Esta encantadora historia fue escrita muchos siglos después, sin duda al retorno del exilio y es digno de notar que el narrador haya situado este relato tan lleno de nobleza en aquel tiempo turbulento, agitado por violentas pasiones.

Del matrimonio de Rut surgirá aquel “tronco de Jessé” del que habla Isaías, portador de las flores más gloriosas, ese árbol genealógico del que los artistas de la Edad Media sacaron tan bellos temas decorativos. El nieto de Booz será el padre de David, el gran rey; la moabita, la extranjera llegada por amor filial al país de Belén, será la ascendiente de María y de Cristo. Esto basta para hacer presentir en este relato una intención que trasciende lo histórico y lo moral.

Todo hace suponer que el libro de Rut está cargado de símbolos místicos. Los nombres que en él figuran son ricos en significados. Elimelek es *mi dios y mi rey*, sus dos hijos, que mueren jóvenes eran: *flaqueza y desfallecimiento*; Noemí quiere decir *consuelo*; Orpá que, llamada a una existencia más alta, se sustrae por debilidad, es la *coronada*, y Rut que va hasta el fin de su aventura espiritual, es la *colmada*, a la que el dueño Booz llena con su ternura. A través de la anécdota de aroma agreste, lo que se nos cuenta es quizá la aventura del alma llevada a la vida contemplativa, que debe despojarse de los atractivos de este mundo y hacerse amor y caridad, y a quien la inefable recompensa llena de un gozo infinitamente prolongado. Esta interpretación escapa a los rigores de la historia; pero, ¿quién entre tantos hechos en que la voluntad del hombre

parece intervenir menos que un designio providencial, podrá decir dónde termina el campo de la crítica y dónde comienza el de la fe?